

José Emilio Pacheco

La lengua de las cosas
y otros poemas



BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES
JULIÁN



Mostrario de
Poesía 28





Tarde o temprano y otros poemas

José Emilio Pacheco, México

Edición digital gratuita de

Muestrario de Poesía 28

Primera edición: Febrero 2009

Santo Domingo, República Dominicana

¿Qué somos?

Muestrario de Poesía es una colección digital gratuita que se difunde por la Internet y se dedica a promocionar la obra poética de los grandes creadores, difundiéndola y fomentando nuevos lectores para ella. Junto a las colecciones complementarias **Libros de Regalo, CienSalud, Iniciadores de Negocios** y **Aprender a aprender**, son iniciativas sin fines de lucro del equipo de profesionales de **INTERCOACH** para servir, aportar, añadir valor y propiciar una cultura de diálogo, de tolerancia, de respeto, de contribución, de servicio, que promueva valores sanos, constructivos, edificantes a favor de la paz y la preservación de la vida acorde con los principios cristianos. Los libros digitales son gratuitos, promueven al autor y su obra, así como el amor por la lectura, y se envían como contribución a la educación, edificación y superación de las personas que los solicitan sin costo alguno.

Este e-libro es cortesía de:



Sol Poniente interior 144, Apto. 3-B, Altos de Arroyo Hondo III, Santo Domingo, D.N., República Dominicana. Tel. 809-565-3164

Se autoriza la libre reproducción y distribución del presente libro, siempre y cuando se haga gratuitamente y sin modificación de su contenido y autor.

Si se solicita, se enviarán copias en formato PDF vía email. Para pedirlos, enviar e-mail a intercoach.dr@gmail.com, aquiles.julian@gmail.com



**BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES
JULIÁN**



Contenido

José Emilio Pacheco en cabeza ajena / Pura López Colomé	5
A la que murió en el mar	19
Carta a George B. Moore en defensa del anonimato	19
A quien pueda interesar	21
Alta traición	21
La diosa blanca	22
Indeseable	22
Contraelegía	22
Memoria	23
Caverna	23
El mar sigue adelante	24
Las flores del mar	24
Don de Heráclito	25
Irás y no volverás (fragmento)	26
Cuestión de tiempo	27
Crónica de Indias	27
Copos de nieve sobre Wivenloe	27
Tierra	28
Disertación sobre la consonancia	28
Mejor que el vino	29
Li Kiu Ling	29
Ile Saint-Louis	30
Goethe: Gedichte	30
Árbol entre dos muros	30
Vanagloria o alabanza en boca propia	31
El emperador de cadáveres	31
Discurso sobre los cangrejos	32
Moralidades legendarias	33
Tulum	34
Un poeta novohispano	34
Cerdo ante Dios	35
Inmortalidad del cangrejo	36
Mosquitos	36
Aceleración de la historia	36

Ecuación de primer grado con una incógnita	37
Fray Antonio de Guevara reflexiona mientras espera a...	38
Éxodo	39
Fin de siglo	40
Gota de lluvia	40
Idilio	41
La flecha	42
La gota	42
Lluvia de sol	43
Los elementos de la noche	43
Mar eterno	44
Presencia	44
Piedra	44
Soledad de la campana	45
Tarde o temprano	45
Un marine	46
El pulpo	46
La falsa vida	47
Miseria de la poesía	47
El fuego	48
No me preguntes cómo pasa el tiempo	49
El silencio	49
Tierra de nadie	50
Fin de mundo	51
Elogio de la fugacidad	51
Irrealidad	51
La lengua de las cosas	52
Lumbre en el aire	52
Esta hoguera es el poema	53
Job 18, 2	53
Dichterliebe	53
Manifiesto	54
Escrito con tinta roja	54
Arte poética	54
Contra Harold Bloom	54
El gran inquisidor	55
Ley de extranjería	56
La rueda	56
En la república de los lobos	57
Los grillos	57
Desolación	57
Prehistoria	58
Un amor difícil / Jorge Fernández Granados	61
José Emilio Pacheco / Biografía	65

José Emilio Pacheco en cabeza ajena.



Por **Pura López Colomé**

El nombre literario de José Emilio Pacheco es multitud: narrador, ensayista, antólogo, crítico. Sin embargo, su vocación más profunda y verdadera es la poesía. Pura López Colomé explora atenta, puntual y generosamente la obra poética del autor de *No me preguntes cómo pasa el tiempo*.

Ouroboros

El *ouroboros* simboliza el tiempo –el gran tema de José Emilio Pacheco– y la continuidad de la vida por medio de un animal –cosa también muy cara a su imaginario–, una serpiente que se muerde la cola. Presenta las duplicidades tan evidentes en el autor, a la vez oscuro y claro, oscilante entre los principios ético y estético, entre la culpa y la absolución, y encarna la idea primitiva de la naturaleza autosuficiente, nietzscheana también, que retorna a sí misma, a su principio, en un patrón cíclico.

Antes que nada, José Emilio representa al gran romántico del siglo XXI,



en el sentido más wordsworthiano y más yeatsiano de la palabra, es decir, según lo que ambos poetas describieron como sus ideales. Estamos ante un hombre que les habla a los hombres en un lenguaje carente de artificios o de excesiva filigrana y verdaderamente empleado por ellos, comunicándoles un *propósito* que espontáneamente rebosa sentimientos poderosos; y que se concibe, con toda modestia, como un simple traductor de lo que le es dado percibir. Dice William Wordsworth en su famoso prefacio a *Lyrical Ballads*: “... como es imposible para el Poeta producir en toda ocasión un lenguaje exquisitamente hecho a la medida de las pasiones y que equivalga al que la verdadera pasión sugiere, resulta apropiado que se

considere en la situación de un traductor, autorizado para sustituir con excelencias de otro tipo aquellas que le son inalcanzables; y a quien, ocasionalmente, se le concede superar a su original, en un intento por enmendar su propia inferioridad general, que debe siempre admitir...”

Por otro lado, W.B. Yeats, casi un siglo y medio después, en su poema “Coole Park and Ballylee, 1931”, define su propio carácter –y el de todo aquel que vea en la poesía una acción visionaria– de manera semejante, presentándolo como un modo de ser artístico, ajeno a las cronologías: “Los últimos románticos elegimos por tema/ La sacralidad tradicional y la belleza...” Concluye que cualquiera que aspire al nombre de poeta deberá haber escrito en “el libro de la gente” para bendecir el pensamiento. Cualquier lector que haya pasado por las partes más significativas de la obra de Pacheco coincidirá en que pertenece a esta estirpe.

Y esto por mencionar la savia que nutre su literatura, la cual no implica necesariamente una enorme popularidad; de hecho, es raro que autores así cuenten con un buen número de lectores capaces de reconocerlos en vida. Quizá José Emilio sea la excepción. En este mismo espacio se realizó, a fines de 2004, un sondeo de opinión sobre los mejores poetas vivos de nuestro país. Después de una agitada contienda cibernética, adornada con las gracias de un ánimo efervescente, salió ganador nada menos que Pacheco, quien, además de saberse habitante de una tierra de escasos letrados, ha tenido la energía para cometer “alta traición”:

No amo mi patria.

Su fulgor abstracto

es inasible.

Pero (aunque suene mal)

daría la vida

por diez lugares suyos,

cierta gente,

puertos, bosques, desiertos, fortalezas,

una ciudad deshecha, gris, monstruosa,

varias figuras de su historia,

montañas

– y tres o cuatro ríos.

Acaso esta revista haya logrado alebrestar susceptibilidades y vanidades, agujonear egos chapeados, espolear a los más circunspectos. Lo cierto es que el mundo votante coincidió en darle a Pacheco los laureles del primer sitio (mientras él –inapetente para considerar emitir un voto, me imagino– se moría de risa).

¿Qué relevancia podrá tener la mexicanidad del mejor poeta vivo de México? ¿Será algo tan difuso como el fulgor que distingue a sus latitudes? ¿Se podrá a estas alturas hablar de “lo mexicano” en la poesía? Yo coincido con Salvador Elizondo en que la poesía mexicana es una abstracción y en que lo único que posee una existencia evidente es la Poesía con mayúscula. Y, con Octavio Paz, cuando niega que la poesía mexicana tenga un carácter específico, otorgándole este sólo a algunos admirables poetas de México, entre los que incluye a José Emilio, haciéndolo compartir el espíritu de nuestros tiempos, siempre polémico, en lucha constante con la tradición española y consigo mismo; cosmopolita en oposición al casticismo español, pero dueño de una paradójica voluntad de ser americano: *nuestro* poeta encarna la modernidad, entonces, al inscribirse en la “tradición de la ruptura”.

En efecto, Pacheco ha roto con López Velarde –quien cantaba “en épica sordina” a su Patria “impecable y diamantina”–, valiéndose –a diferencia del zacatecano– de una forma corta, un grito decepcionado muy lejano a la epopeya, ideal para aproximarse a lo abstracto de México, no a su falta de mácula sino a su grisura, a su fragmentada condición de adefesio: pero, tal como Shakespeare hablaba de una amada abominable, carente de belleza y, por si fuera poco, hasta con mal aliento, admitiendo que con todo y todo la amaba, ambos poetas, el que construye y el que destruye para construir de nuevo, en el fondo reconocen su amor por una inasible, inexplicable sustancia que los alimenta y los hace ver lo que ven.

Parte del impacto de la obra de Pacheco estriba en que le ha dado continuidad al hecho mismo de romper para conformar –de acuerdo con los lineamientos de Pound– algo nuevo. Su capacidad para incluirlo todo y aprender de todo nos sugiere que hay que reconocer y también dudar de la constante del gran río heracliteano de la literatura; y nunca perder de vista que las fracturas y fisuras transforman, empujan a nuestras almas al siguiente peldaño, aunque parezca que le hacen lo que el viento a Juárez.

Robert Frost ha distinguido un eslabón siempre presente que, cuando creemos haber despedazado el poema de nuestros predecesores, brilla por su presencia. Habla de un asombro “ante lo inesperadamente almacenado” que sigue creciéndonos dentro cuando leemos... Digamos que algo en “La Suave Patria” –quizá lo chillón, la vulgaridad de los pechos equiparables de la emperatriz y la codorniz, o las pechugas al

vapor de la tierra nativa– se revela como la chispa de un fuego en realidad inextinto, apto para encender nuestro presente y manifestarse como otra cosa... En este sorprendente advenimiento distinguimos la contribución de José Emilio: estar alertas a la lectura supuestamente no recordada, a la experiencia en apariencia olvidada que secretea sus detalles, al viaje espiritual que lleva a la exaltación y también al agotamiento, y todo en el vehículo de un deliberado oficio versificador, pues sólo él posee la llave del cofre de palabras donde reside una voz de extraña seguridad que irá deslizándose sola hasta las raíces más profundas de la memoria, en busca de una materia que dé a luz imágenes fresquísimas.

Este *ouroboros* nos proporciona un singular modo de viajar a través del túnel del tiempo, esa fábula suya –según la ha llamado Jorge Fernández Granados–, ese vertiginoso e imparable carrusel cosmopolita y globalizado que alguna vez fue castizo tiovivo, con destino a:

1) El futuro: los verdaderos jóvenes del siglo que, como lectura obligatoria, abordan la obra de Pacheco en secundaria y preparatoria. Los pasajeros de estas dos etapas escolares lo disfrutan y lo asimilan de manera progresiva, hasta volverlo libro de cabecera. Parten de su prosa, concretamente de *Las batallas en el desierto*, *El principio del placer* y *El viento distante* (preguntándole al incauto adulto –maestro, tutor o lo que sea– no qué es el “derrame”, sino si en realidad existió un Paco Malgesto de carne y hueso, si se sabe la letra de “Amorcito corazón” o si el Palacio Chino es inventado) y, a punto de entrar a la universidad, llegan deleitosa y ávidamente a su poesía, resistiéndose a aplicarle un esquema analítico, sintiéndose perfectos iguales de ese “yo” que sí es yo, y no el escritor, que se enamora de una mujer-mujer, o comprende el corazón del enano-enano o del niño que entiende, sin aceptar, el engaño adulto.

2) El presente: la generación a que yo pertenezco en términos de quehacer y visión del mundo; los que venimos leyendo a José Emilio desde temprano, aprendiendo de él, justificándonos a través suyo o en virtud de su persona, rompiendo con él o francamente siguiendo sus pasos (para borrarlos después...). Cuando veo a los muchachos en sus quince, dieciocho o plenos veinte, a los que encarnan *el futuro*, nos veo a los del *presente* como al Philip Larkin de “Ventanales en lo alto”, escrito en 1967:

... Cuando veo una pareja de muchachos

Y pienso seguro él ya se la coge y ella
Toma píldoras o usa algún dispositivo,
Sé que es éste el paraíso
Que los viejos han soñado,
Echando por la borda poses y ataduras
Como si fueran una máquina anacrónica,
Y veo a los jóvenes corriendo sin parar
Por la vía franca, rumbo a la felicidad...

El proceso de anagnórisis es cabal. Con José Emilio nos une un destino a todas luces plural, tanto así que conservamos los mismos capitanes y nos guía el mismo triste y lúgubre albatros; compartimos un muy peculiar arte de la corrección por excesivo respeto al lector; hemos traducido, con similares antenas, autores a los que permanecemos fieles y casi rendimos culto sin importar el de por sí quimérico “dominar” la lengua de origen, simplemente queriendo ofrecer, Pacheco *dixit*, un texto análogo y distinto, un *buen poema en español*.

3) El pasado: sus antecesores en línea directa, con los que ha roto sólo hasta cierto punto; antes bien, como diría uno de ellos, Alfonso Reyes, respecto de su padre, “en mí te llevo, en mí te salvo”. La obra de Pacheco lleva dentro los fragmentos de su diferenciación de y sus acuerdos con López Velarde y Reyes, por sólo mencionar a dos de sus espíritus tutelares. El sentido que aquí quiero dar al viaje hacia un pasado siempre presente es que, indirectamente, José Emilio, haciéndome a mí y a otros poetas de mi generación descender de él, nos ha dado también ciertas piezas del rompecabezas de López Velarde y Reyes, por ejemplo. En mi propia poesía y en mi actitud general respecto del compromiso literario no reconozco a primera vista la herencia de Paz y sí la de Pacheco. Ahora veo con claridad que da lo mismo si don Alfonso me llevó hasta él, o él a don Alfonso. Lo cierto es que el ojo y el oído críticos que ambos (me) nos ofrecen al menos (me) nos imponen una norma rigurosísima: evitar la autocomplacencia, incluso a riesgo de la desafinación. Dice Octavio Paz que la poesía de Jorge Cuesta está “en la obra de aquellos que tuvimos la suerte de escucharlo”. De José Emilio yo pensaría algo semejante, agregando, al final, “y de leerlo”.

Mandala

Elijo ahora el *mandala* pues, además de significar círculo, se emplea como medio conducente a la contemplación y concentración; es un emblema que induce ciertos estados mentales y favorece el avance espiritual. Existen múltiples mandalas y, según Jung, todos son distintos. En este caso pretendo analogarlo a la *palabra*, centro mismo del mundo y de las exploraciones de Pacheco, tal como para otros autores pueden serlo la imaginación, la musicalidad, la fantasía, las emociones, ciertos temas específicos, etc., a cuyo servicio ponen la voz. Con José Emilio, sucede a la inversa. Si la poesía no es estado del alma sino *efecto de palabras*, toca al poeta lograr su transmutación en cuerpos gloriosos. Poema quiere decir cosa consumada –insistiría Elizondo–, cosa cumplida que existe en sí y por sí, cosa hecha de lenguaje, no de anécdotas ni de material autobiográfico o biográfico. Véase cómo Pacheco muestra su acuerdo en uno de sus mejores poemas, “Jardín de niños”: “La poesía se halla en la lengua,/ en su naturaleza misma está inscrita”.

Diversos personajes llevan el timón invisible

Desde que comencé a leerlo, Pacheco siempre me pareció una especie de *coleccionista* de giros, expresiones, usos de la lengua mexicana con la que convive de manera intensa, sin someterla a rasero alguno, ya sea moral, estético, intelectualizante. Este coleccionista ultraliberal, que dista de ser un purista (qué buena rima), lleva de la mano al elaborador de un lenguaje, al *descubridor* de significados y sentidos que viven en estas “voces” y, en honor a la verdad, trascienden incluso la prestidigitación deliberadamente poética: es más, le dan lecciones. “Toda palabra es una metáfora muerta”, resuenan en la gruta del cráneo Borges y Lugones. Sin embargo, también las hay vivas, escondidas en los diccionarios etimológicos. Las metáforas de José Emilio son de ambos tipos. Uno se lo puede imaginar abismándose en el Corominas y la filología, absorto en sus caminos anteriores a cualquier magia poética; y también paseando, pastoreándose por el otro sendero, el del poema que descubre de otro modo, con una luz distinta, lo que coincidiría con algún sesgo de María Moliner. Trátase de una interjección, un anglicismo o una frase perteneciente a los usos de su primera juventud o actual, su significado mismo nos pondrá ante el espejo, en pedazos de distintos tamaños, de la sustancia expresiva:

Púmbale, dice el niño de cuatro años al caer en la hierba. Púmbale, y el que se levanta del suelo es un hombre altivo, cruel, implacable. No reconozco al niño a quien veía jugar hace un instante mientras hablaba con sus padres. Púmbale, y ahora es el derrotado. Hasta sus más abyectos aduladores le han vuelto la espalda. Púmbale, y otro segundo acaba de pasar y todos nos caemos de viejos y a la siguiente exclamación seremos polvo.

(“Otro segundo”)

Ejemplos hay por doquier entre las seiscientas y tantas páginas de su poesía reunida (*Tarde o temprano*): cuánto oro en polvo, bestias inmundas, indeseables; cuánto darle tiempo al tiempo o comerse el mundo; cuántas minas personales... Y desde cada palabra o frase que desencadena una reflexión, una meditación, una catarata simbólica, se ven los gérmenes de las preocupaciones del poeta y de los demás, esos lectores que, en opinión de Paz, no sólo participan sino que intervienen, siendo de alguna manera los autores: todo lo dicho nos concierne al grado de que llegamos a creer poder haberlo dicho nosotros mismos (con todo y los guiños y giros de ingenio y profundización):

Tal por cual era un insulto atroz en mi infancia.

Jamás he vuelto a escucharlo.

Pero suena muy bien, llena de espuma la boca.

En el fondo percibo oblicua

una alusión a la ilegitimidad, una manera

de decirle *bastardo* al enemigo.

“No te llamas así.

Te haces pasar por otra persona.

No eres el hijo de quien supones tu padre”.

(Como en tanta injuria,

se les echa la culpa a las mujeres.)

Y, con todo, *bastardo* jamás se emplea en español como [insulto.

Me parece un misterio

saber por qué la gente se golpeaba si alguien

llamaba *tal por cual* a su adversario.

Esta vertiente da para mucho más, tiene tela de dónde cortar y nos empuja hacia diversos puntos de análisis. Pero a lo que voy, sobre todo, es al golpe de sentido inmediato que nos lleva a comprender el centro de estas imágenes: el corazón que late, su sístole y su diástole; no lo que dice sino lo que es: la palabra física, tangible en sí y por sí, en la frase “tal por cual”.

Al coleccionista-descubridor se añade ahora el *lector*, el profundo convencido de que la lectura ilustra la escritura; que no sólo enriquece la expresión, sino que la inspira; que puede ser la chispa motivadora, la incendiaria sin la cual Keats no habría escrito su tributo a la labor de Chapman en el mundo de Homero, ni él mismo sus homenajes a Rulfo, a Flaubert, a D.H. Lawrence, a López Velarde, a los cronistas, a T.S. Eliot... En el poema “Chapultepec: la Calzada de los Poetas” se pregunta “¿qué leemos cuando leemos?”; y en su “Don de Heráclito”, gracias precisamente a una acuciosa lectura de Eliot, se enfrenta al imperativo de reconocer:

Y no es esto

lo que intento decir.

Es otra cosa...

Mucho tiempo después, intentaría plantear de otro modo el enigma del binomio lectura-escritura, escritura-lectura (en su “Carta a George B. Moore en defensa del anonimato”), recordándonos el abismo ante todo personal que este implica:

... (Tarde o temprano a todos nos espera el naufragio.)

Escribo y eso es todo. Escribo: doy la mitad del poema.

Poesía no es signos negros en la página blanca.

Llamo poesía a ese lugar del encuentro

con la experiencia ajena. El lector, la lectora

harán o no el poema que tan sólo he esbozado.

No leemos a otros: *nos leemos* en ellos...

Dos que se cuecen aparte

Quizás en virtud de su conciencia moral y su tan característica capacidad para no creer en nada como artículo de fe, y sí para dudar de absolutamente todo o, en el mejor de los casos, para dar un voto de confianza al arrepentimiento o a la resignación, José Emilio Pacheco coincide con el último Milosz, que confesaba no entender nada y sólo sentirse capaz de reconocer el humano éxtasis, inmerso en la gran totalidad:

Nacen y mueren, la danza no termina.

Me cubro los ojos, como para protegerlos de las imágenes

que se precipitan sobre mí.

Tal vez sólo me apropio los gestos, las palabras,

los actos inherentes a la pequeña fracción de tiempo

asignada a mi persona.

La primera personalidad que se cuece aparte es la del *experimentador*, el *aventurero* de varias modulaciones temáticas, autor de la *poesía que sí se entiende*. Cuando se publicaron sus primeros libros, de inmediato fueron comentados por Gabriel Zaid, quien apuntó con su característica claridad que, aunque parezca fácil, resulta mucho más difícil escribir este tipo de poesía, decantar las imágenes, al tiempo que se abandona un camino seguro en pro de otro lleno de riesgos. Por esta vía, Pacheco ha abordado la poesía narrativa –influyendo a más autores de los que lo reconocen–, la cual acaso lo ha hecho volver al fundacional quehacer de los *hacedores*, los *makers* de la antigüedad, y así contar una historia y cantarla también, según lo deseaba el mismo Borges. Un ejemplo perfecto de este sesgo es su “Homenaje a la Compañía Teatral Española de Enrique Rambal, Padre e Hijo”, perteneciente, sin gratuidad alguna, a la sección titulada ‘A largo plazo’ de *El silencio de la luna*, poema en el cual la historia relatada es una realidad tan real que parece ficticia, y quienes representan papeles somos los lectores, al lado de actores de carne y hueso.

En este campo se ubican también algunos poemas dedicados concretamente a México. Entre ellos, más que los que remiten a la historia del país y sus bondades o tribulaciones, el poema “Vecindades del Centro” (de *Islas a la deriva*), de tono más lírico, combina escenas

intraducibles en su profundidad local, mexicanísima, que ofrecen, en sí, novelas enteras:

En el XVIII fue un palacio esta casa.

Hoy aposenta

a unas quince familias pobres,

una tienda de ropa, una imprentita,

un taller que restaura santos.

Flota un olor a sopa de pasta.

Las ruinas no son ruinas, el deterioro

es sólo de la piedra inconsolable.

La gente llega, vive, sufre, se muere.

Vienen los otros a ocupar su sitio

y la casa arruinada sigue viviendo.

La humedad, la construcción y destrucción permanentes, el olor de lo que todos, sin distinción alguna, comemos aquí, el contraste de riqueza y pobreza, el *tierno* diminutivo usado para la imprenta: nos encontramos no ante la suave o dura madre patria, sino ante la, pese a todo, renaciente, siempreviva esencia, erigida sobre un material que llora (como, de hecho, se dice de los muros de cal), “inconsolable”. Aquí sólo faltan las carcajadas...

Para dar señas de identidad, José Emilio debe demostrar que sabe soltar la carcajada, morirse de risa. Y no describiendo a quienes ríen – los Garriques de petate, los Pepe el Toro clásicos de nuestra trasnochada *mecánica nacional*–, sino riéndose él en lo que escribe, siendo sopa de su propio chocolate, su propio José Guadalupe Posada. Curiosamente, la poesía del Anáhuac no es humorística a cabalidad, como la inglesa. En los últimos tiempos, sin embargo y por fortuna, dos plumas han dado pruebas suficientes no sólo de grandísima ironía y fina burla, sino de franco humor: Juan Carvajal y José Emilio Pacheco, hijos de la misma generación. El humor negro, capaz de ir a la verdadera entraña haciendo de la descripción una revelación a fondo, por vía de lo que no-es-sí-es, se muestra a sus anchas y con virtuosismo, paradigmáticamente, en “Circo de noche”, mosaico o caleidoscopio de dolores del alma producidos por el cuerpo, desde lo más general y de cajón, digno de diván freudiano, hasta lo más doméstico, detalladamente casero, en breve, *lo nuestro*: la Bruja Azteca,

el espécimen hembra más horrible del mundo, si bien aborigen del inframundo, el Hades...

Muchos de los poemas que componen el *Álbum de zoología* de José Emilio comparten esta vena, aunque su intención moral nos haga sonreír más que carcajearnos. Y, si de trascendencia se trata, el autor sigue influyendo; para muestra, baste el botón de *Zooliloquios*, de Silvia Eugenia Castellero, franco homenaje, en términos casi posmodernos, tanto a la poesía narrativa de José Emilio y de Borges como a su lente de aumento en cuanto a las semejanzas entre animales y seres humanos, habitantes, en realidad, de uno y el mismo reino.

La zona del humor en que el autor me parece más original es precisamente la que tiene que ver con esa importancia otorgada a la palabra misma, que antes mencioné como su centro. Poemas como “Pitanza”, “Culebrón”, “El fornicador” o “Impureza” nos lo ponen delante en calidad de demonio chocarrero, de gracioso y simpático inquisidor que pone a su propia cultura –su formación, sus recuerdos y su visión del mundo “carente”, por haber sido bendecido con el don de la expresión poética, de toda vulgaridad– en tela de juicio:

No sé por qué detesto la palabra *pitanza*.

Suena a restos sangrantes

aventados a la jauría.

Me gano la *pitanza* hablando y hablando.

Te ganas la *pitanza* con tu silencio

–o viceversa.

La *pitanza* está en lucha con la esperanza.

La *pitanza* es la realidad real desnuda.

A la hora de sentarnos en torno a ella

no pienses

en que a la larga tú, yo, todos,

somos, seremos y hemos sido *pitanza*

de alguien o algo.

Y bolo alimenticio,

estiércol flagrante

para fertilizar

la próxima cosecha de *pitanza*.

Traducción

Poco antes de morir, Milosz publicó una antología bastante fuera de lo común en cuanto a la organización de sus contenidos, *A Book of Luminous Things*, cuyo ensayo introductorio argumenta “en contra de la poesía incomprensible”. Ahí el autor explica el porqué del interés contemporáneo en la poesía oriental. En la antigüedad china y japonesa, el sujeto y el objeto se entendían no como categorías de oposición sino de identificación. Ya que a nosotros nos resulta ardua tarea, al menos debemos de aprender de Oriente a rendir honor al objeto. Sólo practicando esta observación-descripción se nos concederá la epifanía de una realidad más profunda, según la cual no tendríamos por qué escapar del sufrimiento sino hacerlo coincidir con la maravilla.

José Emilio Pacheco, haciendo de su voz algo comprensible que rinde alabanza a todo por el hecho de *ser*, naturalmente sintió la necesidad de traducir a Basho, Busson, Issa y muchos más. Lo que Milosz llamó *cosas luminosas*, él lo contemplará *Bajo la luz del haikú*, ofreciendo una óptica distinta, una entrada a un territorio en que la poesía contemporánea occidental hasta entonces se sentía perdida, rodeada de interrogantes sin respuesta acerca del significado de la vida. Tal vez para captar el misterio de esa convivencia de negro y blanco haya que evitar cualquier simulación propia del sujeto, venerando la pureza del verso, la sencillez y la concisión necesarias para lograr, en este mundo, “caminar sobre el techo del infierno/ contemplando las flores”; para mirar sin distracciones:

La tristeza del mundo:

los pétalos floridos

caerán como nosotros.

Sin olvidar el pivote del humor:

Mientras le rezo a Buda

mato

mosquitos.

Pacheco no sólo ha estado cerca de estas tradiciones orientales, también se ha concentrado en los clásicos griegos, de quienes antes ofreció una “Lectura” y ahora, muy recientemente, nuevas “Aproximaciones” a la antología griega. Tal como lo hizo Dudley Fitts en 1956 (*Poems from the Greek Anthology in English Paraphrase*), Pacheco se coloca en calidad de diestrísimo reflejo, aprovechando que se mueve como pez en el agua entre formas clásicas y conoce muy bien las entrañas del dulce burlarse; tanto así que uno lo siente divertirse a sus anchas:

– Cuando hago el amor con Pedro

me imagino que estoy con Carlos.

Cuando me toma Carlos pienso en Alberto

y si me tiene Alberto vuelve el deseo

de acostarme otra vez con Pedro.

Reniego siempre del que está en mis brazos.

Por tanto ellos

me aman con más ardor que a ninguna otra.

Mujer, si tú me juzgas una gran puta,

un mal ejemplo, un monstruo

(aunque muy hermosa),

desde luego lo acepto y estoy de acuerdo.

Pero entonces, amiga, por favor quédate

con la horrible miseria de que te ame

tan sólo un hombre en vez de tres o cuatro.

(Pablo Silenciaro, “Habla Melisa”)

Oculto entre sus traducciones, nos sigue guiñando el ojo sabio (del Buda) y juguetón (del Reyes de “Salambó, Salambona, ya probé de tu persona”). ¿Nos estará recomendando ser menos serios y solemnes,

dedicarnos un poco más al género de la “poesía apócrifa”, imbricando identidades, qué más da, creando más y más Fernandos Tejada que nos pongan delante poesía digna de leerse y releerse y celebrarse? Recuerdo haber disfrutado y comentado por escrito *Aproximaciones* (México, Editorial Penélope, 1984, “Libros del Salmón”), edición agotada hace ya mucho, en la que el autor, con la misma actitud con que se acercó al Oriente y a Grecia, abordó a Goethe, a Rilke, a Marianne Moore, a Elizabeth Bishop, a Ted Hughes, a poetas indígenas de Norteamérica.

“Cartilla moral”

Quercia es Pacheco, Gordon Woolf es Pacheco, Montale es Pacheco, Apollinaire, Larbaud y Saba son Pacheco, uno y el mismo poeta poseedor, en realidad, de un don de lenguas, no apostólico ciertamente, pero sí bárdico, asumido, huelga decirlo, con esa soberbia humildad que todos sabemos que lo caracteriza cuando habla de respetar sus textos, no a su persona; de que escribir es reescribir para lograr el mejor texto posible; de que vale más leer bien que demasiado. ~

A la que murió en el mar

El tiempo que destruye todas las cosas
Ya nada puede contra tu hermosura
Muchacha

Ya tienes para siempre veintidós años
Ya eres peces

Corales

Musgo marino

Las olas que iluminan la tierra entera

Carta a George B. Moore en defensa del anonimato

No sé por qué escribimos, querido George.
Y a veces me pregunto por qué más tarde
publicamos lo escrito. Es decir lanzamos
una botella al mar, hartos y repletos
de basura y botellas con mensajes.
Nunca sabremos
a quién ni adónde la llevarán las mareas.
Lo más probable
es que sucumba en la tempestad y el abismo.

Sin embargo, no es tan inútil esta mueca de náufrago.
Porque un domingo
usted me llama de Estes Park, Colorado,
me dice que ha leído cuanto está en la botella
(a través de los mares: nuestras dos lenguas)
y quiere hacerme una entrevista.
Después recibo un telegrama inmenso
(lo que se habrá gastado usted al enviarlo).
En vez de responderle o dejarlo en silencio
se me ocurrieron estos versos. No es un poema,
no aspira al privilegio de la poesía
(no es voluntaria).
Y voy a usar, así lo hacían los antiguos,
el verso como instrumento de todo aquello
(relato, carta, drama, historia, manual agrícola)
que hoy decimos en prosa.

Para empezar a no responderle,
no tengo nada que añadir a lo que está en mis poemas,
dejo a otros el comentario, no me preocupa

(si alguno tengo) mi lugar en la historia.
(Tarde o temprano a todos nos espera el naufragio.)
Escribo y eso es todo. Escribo: doy la mitad del poema.
Poesía no es signos negros en la página blanca.
Llamo poesía a ese lugar del encuentro
con la experiencia ajena. El lector, la lectora
harán o no el poema que tan sólo he esbozado.

No leemos a otros: *nos leemos* en ellos.
Me parece un milagro
que algún desconocido pueda verse en mi espejo.
Si hay un mérito en esto –dijo Pessoa–
corresponde a los versos, no al autor de los versos.
Si de casualidad es un gran poeta
dejará cuatro o cinco poemas válidos,
rodeados de fracasos y borradores.
Sus opiniones personales
son de verdad muy poco interesantes.

Extraño mundo el nuestro: cada día
le interesan cada vez más los poetas;
la poesía cada vez menos.
El poeta dejó de ser la voz de la tribu,
aquel que habla por quienes no hablan.
Se ha vuelto nada más otro *entertainer*.
Sus borracheras, sus fornicaciones, su historia clínica,
sus alianzas o pleitos con los demás payasos del circo,
tienen asegurado el amplio público
a quien ya no hace falta leer poemas.

Sigo pensando
que es otra cosa la poesía:
una forma de amor que sólo existe en silencio,
en un pacto secreto entre dos personas,
de dos desconocidos casi siempre.
Acaso leyó usted que Juan Ramón Jiménez
pensó hace mucho tiempo en editar una revista.
Iba a llamarse “Anonimato”.
Publicaría no firmas sino poemas;
se haría con poemas, no con poetas.
Y yo quisiera como el maestro español
que la poesía fuese anónima ya que es colectiva
(a eso tienden mis versos y mis versiones).
Posiblemente usted me dará la razón.
Usted que me ha leído y no me conoce.
No nos veremos nunca pero somos amigos.
Si le gustaron mis versos
qué más da que sean míos / de otros / de nadie.
En realidad los poemas que leyó son de usted:

Usted, su autor, que los inventa al leerlos.

A quien pueda interesar

Que otros hagan aún
el gran poema
los libros unitarios
las rotundas
obras que sean espejo
de armonía

A mí sólo me importa
el testimonio
del momento que pasa
las palabras
que dicta en su fluir
el tiempo en vuelo

La poesía que busco
es como un diario
en donde no hay proyecto ni medida

Alta traición

No amo mi patria.
Su fulgor abstracto
es inasible.
Pero (aunque suene mal)
daría la vida
por diez lugares suyos,
cierta gente,
puertos, bosques de pinos,
fortalezas,
una ciudad deshecha,
gris, monstruosa,
varias figuras de su historia,
montañas
-y tres o cuatro ríos.

La diosa blanca

Porque sabe cuánto la quiero y cómo hablo de ella en
su ausencia,
la nieve vino a despedirme.
Pintó de Brueghel los árboles.
Hizo dibujo de Hosukai el campo sombrío.

Imposible dar gusto a todos.
La nieve que para mí es la diosa, la novia,
Astarté, Diana, la eterna muchacha,
para otros es la enemiga, la bruja, la condenable a la hoguera.
Estorba sus labores y sus ganancias.
La odian por verla tanto y haber crecido con ella.
La relacionan con el sudario y la muerte.

A mis ojos en cambio es la joven vida, la Diosa Blanca
que abre los brazos y nos envuelve por un segundo y se marcha.
Le digo adiós, hasta luego, espero volver a verte algún día.
Adiós, espuma del aire, isla que dura un instante.

Indeseable

No me deja pasar el guardia.
He traspasado el límite de edad.
Provengo de un país que ya no existe.
Mis papeles no están en orden.
Me falta un sello.
Necesito otra firma.
No hablo el idioma.
No tengo cuenta en el banco.
Reprobé el examen de admisión.
Cancelaron mi puesto en la gran fábrica.
Me desemplearon hoy y para siempre.
Carezco por completo de influencias.
Llevo aquí en este mundo largo tiempo.
Y nuestros amos dicen que ya es hora
de callarme y hundirme en la basura.

Contraelegía

Mi único tema es lo que ya no está
Y mi obsesión se llama lo perdido

Mi punzante estribillo es nunca más
Y sin embargo amo este cambio perpetuo
este variar segundo tras segundo
porque sin él lo que llamamos vida
sería de piedra.

Memoria

No tomes muy en serio
lo que te dice la memoria.

A lo mejor no hubo esa tarde.
Quizá todo fue autoengaño.
La gran pasión
sólo existió en tu deseo.

Quién te dice que no te está contando ficciones
para alargar la prórroga del fin
y sugerir que todo esto
tuvo al menos algún sentido.

Caverna

Es verdad que los muertos tampoco duran
Ni siquiera la muerte permanece
Todo vuelve a ser polvo

Pero la cueva preservó su entierro

Aquí están alineados
cada uno con su ofrenda
los huesos dueños de una historia secreta

Aquí sabemos a qué sabe la muerte
Aquí sabemos lo que sabe la muerte
La piedra le dio vida a esta muerte
La piedra se hizo lava de muerte

Todo está muerto
En esta cueva ni siquiera vive la muerte

El mar sigue adelante

Entre tanto guijarro de la orilla
no sabe el mar
en dónde deshacerse

¿Cuándo terminará su infernidad
que lo ciñe
a la tierra enemiga
como instrumento de tortura
y no lo deja agonizar
no le otorga un minuto de reposo?

Tigre entre la olarasca
de su absoluta impermanencia
Las vueltas
jamás serán iguales
La prisión
es siempre idéntica a sí misma

Y cada ola quisiera ser la última
quedarse congelada
en la boca de sal y arena
que mudamente
le está diciendo siempre:
Adelante

Las flores del mar

a la memoria de jaime garcía terrés

Danza sobre las olas, vuelo flotante,
ductilidad, perfección, acorde absoluto
con el ritmo de las mareas,
la insondable música
que nace allá en el fondo y es retenida
en el santuario de las caracolas.

La medusa no oculta nada,
más bien despliega
su dicha de estar viva por un instante.
Parece la disponible, la acogedora
que sólo busca la fecundación,
no el placer ni el famoso amor,
para sentir: Ya cumplí,

ya ha pasado todo.
Puedo morir tranquila en la arena
donde me arrojarán las olas que no perdonan.

Medusa, flor del mar. La comparan
con la que petrifica a quien se atreve a mirarla.
Medusa blanca como la X'Tabay de los mayas
y la Desconocida que sale al paso y acecha
desde el Eclesiastés al pobre deseo.

Flores del mar y el mal las Medusas.
Cuando eres niño te advierten:
Limitate a contemplarlas.
Si las tocas, las espectrales
te dejarán su quemadura,
la marca a fuego, el estigma
de quien codicia lo prohibido.

Quizá dijiste en silencio:
Pretendo asir la marea,
acariciar lo imposible.

Nunca lo harás: las medusas
no son de nadie celestial o terrestre.
Son de la mar que no es ni mujer ni prójimo.

Son peces de la nada, plantas del viento,
quizá espejismos,
gasas de espuma ponzoñosa

En Veracruz las llaman aguas malas.

Don de Heráclito

Pero el agua recorre los cristales
musgosamente:
ignora que se altera
lejos del sueño todo lo existente.

Y el reposo del fuego es tomar forma
con su pleno poder de transformarse.
Fuego del aire y soledad del fuego
al incendiar el aire que es de fuego
Fuego es el mundo que se extingue y prende
para durar (fue siempre) eternamente.

Las cosas hoy dispersas se reúnen
y las que están más próximas se alejan:
soy y no soy aquel que te ha esperado
en el parque desierto una mañana
junto al río irrepetible adonde entraba
(y no lo hará jamás, nunca, dos veces)
la luz de octubre rota en la espesura.

Y fue el olor del mar: una paloma
como un arco de sal ardió en el aire.
No estabas, no estarás,
pero el oleaje
de una espuma remota confluía
sobre mis actos y sobre mis palabras
(únicas nunca ajenas, nunca mías):
el mar que es agua pura ante los peces
jamás ha de saciar la sed del hombre

Irás y no volverás (Fragmento)

“Ô toi que j’eusse aimée... »

Y ahora una digresión: consideremos
esa variante del amor que nunca
puede llamarse amor.
Son aislados instantes sin futuro.

En la ciudad donde estaré tres días
nos encontramos.
Hablamos cien palabras.

Pero un brillo en los ojos, un silencio
o el roce de las manos que se despiden
prende la luz de la imaginación.

Sin motivo ni causa uno supone
que llegó pronto o tarde y se lamenta
("No habernos conocido...").

Y sin quererlo ni saberlo entraste
en un célibe harén de sombra y humo.

Intocable,
incorruptible al yugo del amor,

viva en lo que llamó De Rougemont
la posesión por pérdida.

Cuestión de Tiempo

"Hoy es siempre todavía.../ Ayer es nunca jamás."

Antonio Machado

(**Epígrafe de *Cancionero apócrifo***)

Crónica de Indias

***...porque como los hombres
no somos todos muy buenos...***

Bernal Díaz del Castillo

Después de mucho navegar
por el oscuro océano amenazante
encontramos
tierras bullantes en metales, ciudades
que la imaginación nunca ha descrito,
riquezas,
hombres sin arcabuces ni caballos.
Con objeto de propagar la fe
y arrancarlos de su inhumana vida salvaje,
arrasamos los templos, dimos muerte
a cuanto natural se nos opuso.
Para evitarles tentaciones
confiscamos su oro.
Para hacerlos humildes
los marcamos a fuego y aherrojamos.
Dios bendiga esta empresa
hecha en Su Nombre.

Copos de nieve sobre Wivenhoe

Entrecruzados
caen,
se aglomeran
y un segundo después
se han dispersado.
Caen y dejan caer
a la caída.

Inmateriales

astros

intangibles;

infinitos,

planetas en desplome.

El emperador de los cadáveres

El emperador quiere huir de sus crímenes

pero la sangre no lo deja solo.

Pesan los muertos en el aire muerto

y él trata (siempre en vano) de ahuyentarlos.

Primero lograrían borrar con pintura la sombra

que arroja el cuerpo del emperador

sobre los muros del palacio.

Tierra

La honda tierra es

la suma de los muertos.

Carne unánime

de las generaciones consumidas.

Pisamos huesos,

sangre seca, restos,

invisibles heridas.

El polvo

que nos mancha la cara

es el vestigio

de un incesante crimen.

Un marine

Quiso apagar incendios con el fuego.

Murió en la selva de Vietnam

y en vano.

Disertación sobre la consonancia

Aunque a veces parezca por la sonoridad del castellano

que todavía los versos andan de acuerdo con la métrica;

aunque parta de ella y la atesore y la saquee,

lo mejor que se ha escrito en el medio siglo último

poco tiene en común con La Poesía, llamada así

por académicos y preceptistas de otro tiempo.

Entonces debe plantearse a la asamblea una redefinición que amplíe los límites (si aún existen límites), algún vocablo menos frecuentado por el invencible desafío de los clásicos.

Un nombre, cualquier término (se aceptan sugerencias) que evite las sorpresas y cóleras de quienes –tan razonablemente– leen un poema y dicen: "Esto ya no es poesía".

Mejor que el vino

Porque mejor que el vino son tus amores.
Salomón

Quinto y Vatinio dicen que mis versos son fríos.
Quinto divulga en estrofas yámbicas
los encantos de Flavia.
Vatinio canta
conyugales y grises placeres.
Pero yo, Caludia,
no he arrastrado tu nombre por las calles y plazas de Roma.
Y reservo mis ansias
a las horas que paso contigo.

No me preguntes cómo pasa el tiempo

*En el polvo del mundo se pierden ya mis huellas;
me alejo sin cesar.
No me preguntes cómo pasa el tiempo.*

Li Kiu Ling

Al lugar que fue nuestro llega el invierno
y cruzan por el aire las bandadas que emigran.
Después renacerá la primavera,
revivirán las flores que sembraste.
Pero en cambio nosotros
ya nunca veremos
la casa entre la niebla.

Île Saint-Louis

Desde el balcón el Pont de la Tournelle.
Una muchacha se detiene y mira.
Fluye el sena.
Desgarrado un instante por la isla,
corre al encuentro de sus mismas aguas.
Aguas de musgo verde, verdes aguas
con el verdor de miles de veranos.
La muchacha se aleja, se extravía,
se pierde en mis ojos para siempre.
Arde la misma rosa en cada rosa.
El agua es simultánea y sucesiva.
El futuro ha pasado.
El tiempo nace
de alguna eternidad que se deshíela.

Goethe: Gedichte

Orbes de música verbal
silenciados
por mi ignorancia del idioma.

Árbol entre dos muros

el día alza su espada de claridad:
mar de luz que se levanta afilándose,
selva que aísla del reloj al minuto.

Mientras avanza el día se devora.
Y cuando toca la frontera en llamas
empieza a calcinarse. De tu nombre
brotan la luna y su radiante armada,
islas que surgen para destruirse.

Es medianoche a la mitad del siglo.
Resuena el huracán, el viento en fuga.

Todo nos interroga y recrimina.
Pero nada responde.
Nada persiste contra el fluir del día.
Al centro de la noche todo acaba
y todo recomienza.

En la savia profunda flota el árbol.
Atrás el tiempo lucha con el cielo.

El fuego se arrodilla a beber rescoldos.

La única luz es la que da el relámpago.

Y tú eres la arboleda
en que el trueno sepulta su rezongo. "

Vanagloria o alabanza en boca propia

A pulso a fuerza infatigablemente
o sin prisa ni pausa
he conquistado para siempre un sitio
a la izquierda del cero
El absoluto cero el más rotundo
irremontable resbaloso cero
Obtuve un buen lugar en la otra fila
junto a los emigrantes expulsados
de la posteridad
Y ésta es la historia.

El emperador de cadáveres

El emperador quiere huir de sus crímenes
pero la sangre no lo deja solo.
Pesán los muertos en el aire muerto
y él trata (siempre en vano)
de ahuyentarlos.

Primero lograrían borrar
con pintura la sombra
que arroja el cuerpo del emperador
sobre los muros del palacio.

Discurso sobre los cangrejos

En la costa se afirma que los cangrejos
son animales hechizados.
Son seres incapaces de volverse
para mirar sus pasos.

De las tercas mareas aprendieron
la virtud del repliegue,
el ocultarse
entre rocas y limo.

Caminantes oblicuos,
en la tenacidad de sus dos pinzas
sujetan el vacío que penetran
sus ojillos feroces como cuernos.

Nómades en el fango o habitantes
en dos exilios:
extranjeros
ante los pobladores de las aguas
y ante los animales de la tierra.

Trepadores nocturnos,
armaduras errantes,
hoscos y eternamente fugitivos,
siempre rehúyen la inmortalidad
en imposibles círculos cuadrados.

Su frágil caparazón
incita al quebrantamiento
al pisoteo.

(Hércules vengó así la mordedura,
y Juno que lo envió contra este obsceno
personaje de feria,
contra este charlatán de la edad heroica,
para retribuirlo situó a Cáncer
entre los doce signos del Zodiaco,
a fin de que sus patas y tenazas
encaminen al sol por el verano
—el tiempo en que germinan las semillas.)

Ignoro en cuál momento dio su nombre
a ese tumor que rompe los tejidos
y aún al comenzar el final tercio
del siglo veinte
permanece invencible

Tulum

Si este silencio hablara
sus palabras se harían de piedra

Si esta piedra tuviera movimiento
sería mar

Si estas olas no fuesen prisioneras
serían piedras

en el observatorio

Serían hojas
convertidas en llamas circulares

De algún sol en tinieblas
baja la luz que enciende
a este fragmento de un planeta muerto

Aquí todo lo vivo es extranjero
y toda reverencia profanación
y sacrilegio todo comentario

Porque el aire es sagrado como la muerte
Como el dios
que veneran los muertos en esta ausencia

Y la hierba se prende y prevalece
sobre la piedra estéril comida por el sol
—centro del tiempo padre de los tiempos
fuego en el que ofrendamos nuestro tiempo

Tulum está de cara al sol
Es el sol
en otro ordenamiento planetario
Es núcleo
de otro universo que fundó la piedra

Y circula su sombra por el mar

La sombra que va y vuelve
hasta mudarse en piedra

Un poeta novohispano

Como se ahogaba en su país y era imposible
decir una palabra sin riesgo

Como su vida misma estaba en manos
de una sospecha una delación un proceso el poeta
llenó el idioma de una flora salvaje Proliferaron
estalactitas de Bizancio en sus versos

Acaso fue rebelde acaso comprendió
la ignominia de lo que estaba viviendo
El criollo resentido y cortés al acecho
del momento en que se adueñaría de la patria ocupada
por hombres como su padre En consecuencia
más ajenos más extranjeros más invasores todavía

Acaso le dolió tener que escribir públicamente sin tregua
panegíricos versos cortesanos juegos de hueco ingenio
pomposidades serviles
Sus poemas verdaderos en los que está su voz
los sonetos
que alcanzan la maestría en el nuevo arte
a la sombra de Góngora es verdad
pero con algo en ellos que no es enteramente español
los sembró noche a noche en la ceniza

Han pasado los siglos y alimentan
una ciega sección de manuscritos

Cerdo ante Dios

Tengo siete años. En la granja observo
por la ventana a un hombre que se persigna
y procede a matar un cerdo.
No quiero ver el espectáculo.
Casi humanos, escucho
alaridos premonitorios.
(Casi humano es, dicen los zoólogos,
el interior del cerdo inteligente,
aun más que perros y caballos.)
Criaturitas de Dios, los llama mi abuela.
Hermano cerdo, hubiera dicho san Francisco.
Y ahora es el tajo y el gotear de la sangre.
Y soy un niño pero ya me pregunto:
¿Dios creó a los cerdos para ser devorados?
¿A quien responde: a la plegaria del cerdo
o al que se persignó para degollarlo?
Si Dios existe ¿por qué sufre este cerdo?
Bulle la carne en el aceite.
Dentro de poco, tragaré como un cerdo.

Pero no voy a persignarme en la mesa.

Inmortalidad del cangrejo

—¿En qué piensas?

en nada, en la inmortalidad del cangrejo.

Anónimo: *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1855)

Y de inmortalidades sólo creo
en la tuya, cangrejo amigo.

Te aplastan,
te echan en agua hirviendo,
inundan tu casa.

Pero la represión y la tortura
de nada sirven, de nada.

No tú, cangrejo ínfimo,
caparazón mortal de tu individuo, ser transitorio,
carne fugaz que en nuestros dientes se quiebra;
no tú sino tu especie eterna: los otros:
el cangrejo inmortal
toma la playa.

Mosquitos

NACEN en las pantanos del insomnio.
Son negrura viscosa que aletea.
Vampiritos inermes,
sublibélulas,
caballitos de pica
del demonio.

Aceleración de la Historia

ESCRIBO unas palabras
y al minuto
ya dicen otra cosa

significan
una intención distinta
son ya dociles
al Carbono 14
Criptogramas
de un pueblo remotísimo
que busca
la escritura en tinieblas

Ecuación de primer grado con una incógnita

En el último río de la ciudad, por error
o incongruencia fantasmagórica, vi
de repente un pez casi muerto. Boqueaba
envenenado por el agua inmunda, letal
como el aire nuestro. Qué frenesí
el de sus labios redondos,
el cero móvil de su boca.
Tal vez la nada
o la palabra inexpresable,
la última voz
de la naturaleza en el valle.
Para él no había salvación
sino escoger entre dos formas de asfixia.
Y no me deja en paz la doble agonía,
el suplicio del agua y su habitante.
Su mirada doliente en mí,
su voluntad de ser escuchado,

su irrevocable sentencia.

Nunca sabré lo que intentaba decirme

el pez sin voz que sólo hablaba el idioma

omnipotente de nuestra madre la muerte.

Fray Antonio de Guevara reflexiona mientras espera a Carlos V

Para quien busca la serenidad y ve en todos los seres sus iguales
malos tiempos son estos mal lugar

es la corte

Vamos de guerra en guerra Todo el oro de Indias se
consume en hacer daño La espada incendia el Nuevo

Mundo La cruz sólo es pretexto para la codicia La

fe un torpe ardid para sembrar la infamia

Europa entera tiembla ante nuestro rey

Yo mismo tiemblo aunque sé que es un hombre

sin más mérito que haber nacido en un palacio

real como pudo nacer en una choza de la

Temistitlán ciudad arrasada para que entre sus

ruinas brille el sol de Habsburgo insaciable

En su embriaguez de adulación no piensa que todo

imperio es como un cáncer y ningún reino

alcanzará la dicha basado en la miseria de otros

pueblos

Tras nuestra gloria bullen los gusanos y no tengo

fuerza o poder para cambiar el mundo

Escribo alegorías engañosas contra la cruel conquista

Muerdo ingrato la mano poderosa que me alimenta

Tiemblo a veces de pensar en el potro y en la hoguera

No no nací con vocación de héroe No ambiciono

sino la paz de todos (que es la mía) sino la

libertad que me haga libre cuando no quede un

sólo esclavo

No esta corte no este imperio de sangre y fuego no

este rumor de usura y soldadesca

El reposo del fuego

(Don de Heraclito)

Pero el agua recorre los cristales
musgosamente :
ignora que se altera,
lejos del sueño, todo lo existente.

Y el reposo del fuego es tomar forma
con su pleno poder de transformarse.
fuego del aire y soledad del fuego.
al incendiar el aire que es de fuego.
Fuego es el mundo que se extingue y prende
para durar (fue siempre) eternamente.

Las cosas hoy dispersas se reúnen
y las que están más próximas se alejan:

Soy y no soy aquel que te ha esperado
en el parque desierto una mañana
junto al río irrepensible en donde entraba
(y no lo hará jamás, nunca dos veces)
la luz de octubre rota en la espesura.

Y fue el olor del mar: una paloma,
como un arco de sal,
ardió en el aire.

No estabas, no estarás
pero el oleaje
de una espuma remota confluía
sobre mis actos y entre mis palabras
(únicas nunca ajenas, nunca mías):
El mar que es agua pura ante los peces
jamás ha de saciar la sed humana.

Éxodo

En lo alto del día
eres aquel que vuelve
a borrar de la arena la oquedad de su paso;
el miserable héroe que escapó del combate
y apoyado en su escudo mira arder la derrota;
el náufrago sin nombre que se aferra a otro cuerpo
para que el mar no arroje su cadáver a solas;

¿de qué se trata,
hasta cuándo,
qué mal hicimos
para estar prisioneros de nuestra gota?

Y nadie escucha.
Sombra y silencio en torno de la gota,
brizna de luz entre la noche cósmica
en donde no hay respuesta.

Lluvia de sol

La muchacha desnuda toma el sol
apenas cubierta
por la presencia de las frondas.

Abre su cuerpo al sol
que en lluvia de fuego
la llena de luz.

Entre sus ojos cerrados
la eternidad se vuelve instante de oro.
La luz nació para que el resplandor de este cuerpo

le diera vida.
Un día más
sobrevive la tierra gracias a ella

que sin saberlo
es el sol
entre el rumor de las frondas.

Los elementos de la noche

Bajo el mínimo imperio que el verno ha roído
se derrumban los días, la fe, las previsiones.
En el último valle la destrucción se sacia
en ciudades vencidas que la ceniza afrenta.

La lluvia extingue
el bosque iluminado por el relámpago.
La noche deja su veneno.

Las palabras se rompen contra el aire.

Nada se restituye, nada otorga
el verdor a los campos calcinados.

Ni el agua en su destierro
sucederá a la fuente
ni los huesos del águila
volverán por sus alas.

Mar eterno

Digamos que no tiene comienzo el mar
Empieza donde lo hallas por vez primera
y te sale al encuentro por todas partes

. Presencia

¿Qué va a quedar de mí cuando me muera
sino esta llave ilesa de agonía,
estas pocas palabras con que el día,
dejó cenizas de su sombra fiera?

¿Qué va a quedar de mí cuando me hiera
esa daga final? Acaso mía
será la noche fúnebre y vacía
que vuelva a ser de pronto primavera.

No quedará el trabajo, ni la pena
de creer y de amar. El tiempo abierto,
semejante a los mares y al desierto,

ha de borrar de la confusa arena
todo lo que me salva o encadena.
Más si alguien vive yo estaré despierto.

Piedra

Lo que dice la piedra
sólo la noche puede descifrarlo

Nos mira con su cuerpo todo de ojos
Con su inmovilidad nos desafía
Sabe implacablemente ser permanencia

Ella es el mundo que otros desgarramos

Soledad de la campana

Soledad de la campana.

Le dice adiós al tañido.
Último son de su bronce,

flecha ardiente en el silencio.
Vaga en busca de los ecos

pero nadie le contesta.

Tarde o temprano

Homenaje a Nezahualcoyotl *

I
No tenemos raíces en la tierra.
No estaremos en ella para siempre:
sólo un instante breve.

También se quiebra el jade
y rompe el oro
y hasta el plumaje de quetzal se desgarran.

No tendremos la vida para siempre:
sólo un instante breve.

II
En el libro del mundo Dios escribe
con flores a los hombres
y con cantos
les da luz y tinieblas.

Después los va borrando:
guerreros, príncipes,
con tinta negra los revierte a la sombra

No somos reyes:
somos figuras en un libro de estampas.

III
Dios no fincó su hogar en parte alguna.
Solo, en el fondo de su cielo hueco,
está Dios inventando la palabra.

¿Alguien lo vio en la tierra?

Aquí se hastía,
no es amigo de nadie.

Todos llegamos al lugar del misterio.

IV
De cuatro en cuatro nos iremos muriendo
aquí sobre la tierra.

Somos como pinturas que se borran,
flores secas, plumajes apagados.

Ahora entiendo este misterio, este enigma:
el poder y la gloria no son nada:
con el jade y el oro bajaremos
al lugar de los muertos.

De lo que ven mis ojos desde el trono
no quedará ni el polvo en esta tierra.

* A partir de las traducciones de Angel María Garibay
y Miguel León Portilla.

Un marine

Quiso apagar incendios con el fuego.
Murió en la selva de Vietnam
y en vano.

El pulpo

Oscuro dios de las profundidades,
helecho, hongo, jacinto,
entre rocas que nadie ha visto, allí, en el abismo,

donde al amanecer, contra la lumbre del sol,
baja la noche al fondo del mar y el pulpo le sorbe
con las ventosas de sus tentáculos tinta sombría.
Qué belleza nocturna su esplendor si navega
en lo más penumbrosamente salobre del agua madre,
para él cristalina y dulce.
Pero en la playa que infestó la basura plástica
esa joya carnal del viscoso vértigo
parece un monstruo; y están matando
/ a garrotazos / al indefenso encallado.
Alguien lanzó un arpón y el pulpo respira muerte
por la segunda asfixia que constituye su herida.
De sus labios no mana sangre: brota la noche
y enluta el mar y desvanece la tierra,
muy lentamente, mientras el pulpo se muere.

La falsa vida

Alguien te sigue a veces en silencio.
Las cosas nunca dichas
Se transforman en actos.
Atraviesas la noche en las manos del sueño,
Pero el otro, implacable,
No te abandona: lucha
Contra la irrealidad, la falsa vida
Donde todo es ocaso.
Frágil perseguidor que eres tú mismo,
Lo has obligado a ser, en guardia siempre,
El minucioso espejo que no olvida.
Pompeya
La tempestad de fuego nos sorprendió en el acto
De la fornicación.
No fuimos muertos por el río de la lava.
Nos ahogaron los gases. La ceniza
Se convirtió en sudario. Nuestros cuerpos
Continuaron unidos en la piedra:
Petrificado espasmo interminable.

Miseria de la poesía

Me pregunto qué puedo hacer contigo
Ahora que han pasado tantos años,
Cayeron los imperios,

La creciente arrasó con los jardines,
Se borraron las fotos
Y en los sitios sagrados del amor
Se levantan comercios y oficinas
(con nombres en inglés naturalmente).
Me pregunto qué puedo hacer contigo
Y hago un pseudo poema
Que tú nunca leerás
—o si lo lees,
En vez de una punzada de nostalgia,
Provocará tu sonrisita crítica.

El fuego

En la madera que se resuelve en chispa y llamarada,
Luego en silencio y humo que se pierde,
Miraste deshacerse con silencioso estruendo la vida.
Y te preguntas si habrá dado calor,
Si conoció alguna de las formas del fuego,
Si llegó a arder e iluminar con su llama.
De otra manera todo habrá sido en vano.
Humo y ceniza no serán perdonados
Pues no triunfaron contra la oscuridad,
Leña que arde en una estancia desierta
O en una cueva que sólo habitan los muertos.

Manual de urbanidad

Para qué tanta ceremonia, indirectas,
Puñaladitas bajo cuerda, gasto suntuario,
Cortina de humo o envoltura contaminante
De una desnuda frase: No puedo verte
O No te soporto.
Es decir, soy ciego
A nuestra humana luz compartida.
O bien, no resisto
El peso de otra dolencia errante agregada
A mi invencible pesadumbre.

No me preguntes cómo pasa el tiempo

*En el polvo del mundo se pierden ya mis huellas;
me alejo sin cesar.*

*No me preguntes cómo pasa el tiempo.
Li Kiu Ling, traducido por Marcela Juan*

Al lugar que fue nuestro llega el invierno
y cruzan por el aire las bandadas que emigran.
Después renacerá la primavera,
revivirán las flores que sembraste.
Pero en cambio nosotros
ya nunca veremos
la casa entre la niebla.

El silencio

**La vida, más feroz que toda muerte.
Jorge Guillén, Clamor**

La silenciosa noche. Aquí en el bosque
No se escuchan rumores.
Los gusanos trabajan.
Los pájaros de presa hacen lo suyo.
Pero yo no oigo nada.
Sólo el silencio que da miedo. Tan raro,
Tan escaso se ha vuelto en este mundo
Que ya nadie se acuerda de cómo suena,
Nadie quiere
Estar consigo mismo un instante.
Mañana
Dejaremos la verdadera vida para mañana.
No asco de ser ni pesadumbre de estar vivo:
Extrañeza
De hallarse aquí y ahora en esta hora tan muda.
Silencio en este bosque, en esta casa
A la mitad del bosque.
¿Se habrá acabado el mundo?

Papel de trapos viejos

Devoro un poco más de realidad.
Y aquí estamos.
Llega noviembre y el pasado inmenso

Hace ver el futuro que me falta
Como una prenda de vestir encogida
Por el gran ajetreo en la lavadora.
Un millón de partículas o instantes
Pasaron como flechas por sus tejidos.
Desgaste.
Desgaste esos minutos o años o sobresaltos.
Aluvión de agua hirviendo
Y shock del agua helada.
Está raído el traje que iba a ponerme mañana.
No sirve la camisa recién lavada.
Ya muestra las arrugas de su provisional habitante,
El aire más bien triste aunque meritorio
De quien se acaba de servir y entonces repara
En que no sirve ya su servidumbre,
Su utilidad para encarnar el tiempo
Que habrá de descarnarlo.
Un trapo viejo el cuerpo.
Si algo de él sobrevive
Será en cajón de sastre como remiendo
De otros vestuarios.
O lo enviarán al molino
En que de trapos viejos, cartones sucios
Se hace el papel en blanco.

Tierra de nadie

En la ignorancia a medias de un idioma,
Ya que el dominio es imposible,
Las palabras demuestran estar hechas
De la esencia del mundo y la poesía.
Pienso en diré, por ejemplo:
<<barro, lodo, tierra,
Polvo, suelo, mugre,
Suciedad, obscenidad,
Bajeza, vileza.>>
Suciedad de la tierra, tumba y matriz.
Basura sagrada
Que amasaron plantas y huesos.
Putrefacción en que nos da la vida la muerte.
Extraño llamar <<Tierra>> al planeta errante
En donde navegamos siempre en tinieblas
Y a la materia de la que sale todo
Y todo regresa.
La tierra baldía, la tierra prometida,
La tierra de nadie.

Fin de mundo

El 18 de mayo del 50
Se va a acabar el mundo.
Confíesate y comulga y encomienda tu alma
A la misericordia de Dios Padre
Y pídele a la Virgen que ruegue por nosotros.>>
Todo esto me dijeron varias personas.
El 18 de mayo esperé el terremoto,
El diluvio de fuego, la bomba atómica.
Como es obvio, no pasó nada.
Hay otras fechas para el fin del mundo.

Elogio de la fugacidad

Triste que todo pase...
Pero también qué dicha este gran cambio perpetuo.
Si pudiéramos
Detener el instante
Todo sería mucho más terrible.
¿Pueden imaginar a Fausto de 1844, digamos,
Que hubiera congelado el tiempo en un momento preciso?
En él hasta la más libre de las mujeres
Viviría prisionera de sus quince hijos
(Sin contar a los muertos antes de un año),
Las horas infinitas ante el fogón, la costura,
Los cien mil platos sucios, la ropa inmunda
—Y todo lo demás, sin luz eléctrica y sin agua corriente.
Cuerpos sólo dolor, ignorantes de la anestesia,
Que olían muy mal y rara vez se bañaban.
Y aún después de todo esto, como perfectos imbéciles,
Nos atrevemos a decir irredentos:
Qué gran tristeza la fugacidad,
¿Por qué tenemos que pasar como nubes?

Irrealidad

Como fantasma de un espectro vuelvo

A este mundo con mi experiencia que ya no sirve.
Me abrume
Atestiguar cómo todo ha cambiado hasta la irrealidad;
Cómo fantasía alguna fue capaz
De imaginar cuanto hay ahora, todo lo que es
—Y desde luego nadie esperaba.

La lengua de las cosas

La lengua de las cosas debe ser el polvo donde se comunican sin
Hablarse.
El polvo o la sombra que proyectan.
Demencia de las cosas cuando su voluntad se rebela
Y se esconden frenéticas o se niegan a funcionar obstinadas.
Únicos medios de rebelión a su alcance,
Únicas formas de decirnos que no somos sus amos,
Aunque tengamos el poder

De destruirlas y olvidarlas.

Lumbre en el aire

Estallan los jardines de la pólvora
en el cielo oscurísimo y su aplomo.

Estruendo frente al mar que se encarniza
desde la eternidad contra las rocas.

A cada instante otro Big bang.
Nacen astros, cometas, aerolitos.

Todo es ala y fugacidad
en la galaxia de esta lumbre.

Mundos de luz que viven un instante.
Luego se funden y se vuelven nada.

Como esta noche en que hemos visto arder
cuerpos fugaces sobre el mar eterno.

Es hoguera el poema

Es hoguera el poema
y no perdura

Hoja al viento
tal vez
También tristísima
Inmóvil ya
desierta
hasta que el fuego
renazca en su interior

Cada poema
epitafio del fuego
cárcel
llama
hasta caer
en el silencio en llamas

Hoja al viento
tristísima
la hoguera

Job 18, 2

¿Cuándo terminaréis con las palabras?,
interroga
en el Libro de Job
Dios -o su escriba.

Y seguimos puliendo, desgastando
un idioma ya seco; tentativas
de hacer que brote el agua en el desierto.

Dichterliebe

La poesía tiene una sola realidad: el sufrimiento.
Baudelaire lo atestigua, Ovidio aprobaría

afirmaciones semejantes.
Y esto por otra parte garantiza
la supervivencia amenazada de un arte
que pocos leen y al parecer
muchos detestan,
como una enfermedad de la conciencia, un regazo
de tiempos anteriores a los nuestros,
cuando la ciencia cree disfrutar
del monopolio entero de la magia.

Manifiesto

Todos somos “poetas de transición”:
la poesía jamás se queda inmóvil.

Escrito con tinta roja

La poesía es la sombra de la memoria
pero será materia del olvido.
No la estela erigida en la honda selva
para durar entre sus corrupciones,
sino la hierba que estremece el prado
por un instante
y luego es brizna, polvo,
menos que nada ante el eterno viento.

Arte poética

No tu mano:
la tinta escribe a ciegas
estas pocas palabras.

Contra Harold Bloom

Al doctor Harold Bloom lamento decirle
que repudio lo que él llamó “la ansiedad de las influencias”.
Yo no quiero matar a López Velarde ni a Gorostiza ni a Paz ni a Sábines.

Por el contrario,
no podría escribir ni sabría qué hacer
en el caso imposible de que no existieran
Zozobra, Muerte sin fin, Piedra de sol, Recuento de poemas.

Siglo pasado, 2000.

El gran inquisidor

Señor, guarde silencio o le cerramos la boca
de un latigazo.
Se la inutilizaremos bajo el hierro candente.
Con las tenazas de la Ley retorceremos su lengua.

No nos haga llegar a los extremos.
Guarde silencio. Cállese. No hable.
Al juez no se le juzga.
Él imparte Justicia, decide todo.
Es la mente que piensa por nosotros.

En cambio usted no es nadie, no sabe nada.
Se llama simplemente el acusado.
Qué soberbia aspirar a defenderse.

¿Supone que en el valle de Josafat
se atrevería a increpar a Dios Padre
por la forma tan justa en que creó este mundo?

¿Se da usted cuenta? Es el culpable de un crimen.
No sabrá cuál, no sabrá cuál,
morirá sin saberlo.
Debe pagar por ello. Y de qué manera.

No, no: no abra la boca. No interrumpa.
Respete al Juez y su Alta Investidura.
Es la Ley, se halla aquí para juzgarlo.

Está en peligro de volverse reo
De Lesa Majestad. Acepte y calle.

¿Desea, señor, que pierda la paciencia?
No me obligue a salir de mis cabales
Añadiré a su cuenta de pecados
el delito nefando de la blasfemia.

No me venga con cuentos de derechos humanos.
Usted ya no es humano: es el enemigo.
Vea en esta faramalla un pretexto formal
que disimula y cubre el expediente.

Dentro de unos instantes ofrendaremos su cuerpo
en el altar del Bien, la Bondad y el Orden Fraterno.

Ley de extranjería

La tierra es plana y la sostienen
Cuatro elefantes gigantescos.
Los mares se derraman en las tinieblas
Y de las olas brotan las estrellas.

He estado en Creta, Nubia, Tarsis, Egipto.
En todas partes fui extranjero porque no hablaba el idioma
ni me vestía como ellos.

También nosotros, ciudadanos de Ur,
Despreciamos al que es distinto.
Por algo hicimos lenguas diferentes:
Para que los demás nada entiendan.

En Ur soy como todos. Hablo mi idioma
Sin traza alguna del acento bárbaro.
Como lo que comemos los de Ur.
Huelo a nuestras especias y licores.

Y sin embargo en Ur me detestan
Como jamás fui odiado en Tarsis ni en Nubia.

En Ur y en todas partes soy extranjero.

La rueda

Sólo es eterno el fuego que nos mira vivir.
Sólo perdura la ceniza.
Fundada y fecunda la transformación,
el incesante cambio que manda en todo.

Sólo el cambio no cambia y su permanencia
es nuestra finitud.

Hay que aceptarla y asumirla: ser
del instante,
material dispuesto
a seguir en la rueda del hoy aquí

y mañana en ninguna parte.

En la República de los Lobos

En la República de los Lobos
nos enseñaron a aullar.

Pero nadie sabe
si nuestro aullido es amenaza, queja,
una forma de música incomprensible
para quien no sea lobo;
un desafío, una oración, un discurso
o un monólogo solipsista.

Los grillos

Recojo una alusión a los grillos:
su rumor es inútil,
no les sirve de nada
entrechocar sus élitros.
Pero sin la señal indescifrable
que se transmiten uno a otro,
la noche no sería
(para los grillos)
noche.

Desolación

Cirios son nuestras vidas consumiéndose,
le dijeron al niño en la profunda
catedral de penumbra silenciosa.

La visión permanece nítida:
las llamas palpitantes en la zona intermedia
entre la oscuridad y la luz enrarecida
por los vitrales
y las fugaces mechas que al arder
devastaban la cera o la parafina.

Llama es la vida
y cirios nuestros cuerpos que se desgastan.
Pero su fin no es previsible:
Puede seguir el curso natural
O acabar por un soplo o una racha de viento.

Prehistoria

A la memoria de Jaime Sabines

1
En las paredes de esta cueva
pinto el venado
para adueñarme de su carne,
para ser él,
para que su fuerza y su ligereza sean mías
y me vuelva el primero
entre los cazadores de la tribu.

En este santuario
divinizo las fuerzas que no comprendo.
Invento a Dios,
a semejanza del Gran Padre que anhelo ser,
con poder absoluto sobre la tribu.

En este ladrillo
trazo las letras iniciales,
el alfabeto con que me apropio del mundo al simbolizarlo.
La T es la torre y desde allí gobierno y vigilo.
La M es el mar desconocido y temible.

Gracias a ti, alfabeto hecho por mi mano,
habrá un solo Dios: el mío.
Y no tolerará otras deidades.
Una sola verdad: la mía.
Y quien se oponga a ella recibirá su castigo.

Habrán jerarquías, memoria, ley:

mi ley: la ley del más fuerte
para que dure siempre mi poder sobre el mundo.

2

Al contemplar por vez primera la noche
me pregunté: ¿será eterna?
Quise indagar la razón del sol, la inconstante
movilidad de la luna,
la misteriosa armada de estrellas
que navegan sin desplomarse.

Enseguida pensé que Dios es dos:
la luna y el sol, la tierra y el mar, el aire y el fuego,
O es dos en uno:
la lluvia / la planta, el relámpago / el trueno.

¿De dónde viene la lumbre del cielo?
¿La produce el estruendo? ¿O es la llama
la que resuena al desgarrar el espacio?
(como la grieta al muro antes de caer
por los espasmos del planeta siempre en trance de hacerse).

¿Dios es el bien porque regala la lluvia?
¿Dios es el mal por ser la piedra que mata?
¿Dios es el agua que cuando falta aniquila
y cuando crece nos arrastra y ahoga?

A la parte de mí que me da miedo
la llamaré Demonio.
¿O es el doble de Dios, su inmensa sombra?
Porque sin el dolor y sin el mal
no existirían el bien ni el placer,
del mismo modo que para la luz
son necesarias las tinieblas.

Nunca jamás encontraré la respuesta.
No tengo tiempo. Me perdí en el tiempo.
Se acabó el que me dieron.

3

Ustedes, los que escudriñen nuestra basura
y desentierren puntas
de pedernal, collares de barro
o lajas afiladas para crear muerte;
figuras de mujeres en que intentamos
celebrar el misterio del placer
y la fertilidad que nos permite seguir aquí contra todo
-enigma absoluto
para nuestro cerebro si apenas está urdiendo el lenguaje-,

lo llamarán *mamut*.
Pero nosotros en cambio
jamás decimos su nombre:
tan venerado es por la horda que somos.

El lobo nos enseñó a cazar en manada.
Nos dividimos el trabajo, aprendimos:
la carne se come, la sangre fresca se bebe,
como fermento de uva.
Con su piel nos cubrimos.
Sus filosos colmillos se hacen lanzas
para triunfar en la guerra.
Con los huesos forjamos
insignias que señalan nuestro alto rango.
Así pues, hemos vencido al coloso.
Escuchen cómo suena nuestro grito de triunfo.

Qué lástima.
Ya se acabaron los gigantes.
Nunca habrá otro mamut sobre la tierra.

4

Mujer, no eres como yo
pero me haces falta.

Sin ti sería una cabeza sin tronco
o un tronco sin cabeza. No un árbol
sino una piedra rodante.

Y como representas la mitad que no tengo
y te envidio el poder de construir la vida en tu cuerpo,
diré: nació de mí, fue un desprendimiento:
debe quedar atada por un cordón umbilical invisible.

Tu fuerza me da miedo.
Debo someterte
como a las fieras tan temidas de ayer .
Hoy, gracias a mi crueldad y a mi astucia,
labran los campos, me transportan, me cuidan,
me dan su leche y hasta su piel y su carne.

Si no aceptas el yugo,
si queda aún como rescoldo una chispa
de aquellos tiempos en que eras reina de todo,
voy a situarte entre los demonios que he creado
para definir como El Mal cuanto se interponga
en mi camino hacia el poder absoluto.

Un amor difícil

por Jorge Fernández Granados

José Emilio Pacheco, *Tarde o temprano (Poemas 1958-2000)*, FCE, México, 2000.

Tarde o temprano es el título con el que José Emilio Pacheco ha decidido reunir desde hace veinte años su obra poética. Esta nueva edición recoge ya doce libros y, además de la oportunidad de tener en un solo volumen toda su poesía, ofrece por lo menos dos características que van más allá de la simple conjunción de sus títulos publicados hasta la fecha: por un lado, la reescritura a la que los textos se ven sometidos, la cual convierte cada nueva edición en una nueva versión; y, por otro, lo que se propone como un vasto ciclo poético completo con la aparición de este volumen.

Revisemos estas dos singularidades de la nueva edición de *Tarde o temprano*.

El ajuste, pertinente y riguroso, que José Emilio Pacheco hace de sus poemas escritos desde la juventud es un proceso continuo con el paso de las ediciones. Piezas de alguna manera ya clásicas de la poesía del siglo veinte mexicano se ven sometidas a una revisión que las afina; e incluso, en algunos casos, a una extrema metamorfosis.

Tomemos el ejemplo de una parte muy conocida del poema "De algún tiempo a esta parte", incluido originalmente en el libro *Los elementos de la noche* (1963). En la primera —o una de las primeras— versión este poema decía:

iii

En el último día del mundo —cuando ya no haya infierno, tiempo ni mañana— dirás su nombre incontaminado de cenizas, de perdones y miedo. Su nombre alto y purísimo, como ese roto instante que la trajo a tu lado.

En la edición de 1980 de *Tarde o temprano* —es decir en la primera de la obra poética reunida— el párrafo había sido reducido a la mitad y los números romanos cambiaron por arábigos:

3

En el último día del mundo dirás su nombre alto y purísimo como ese instante que la trajo a tu lado.

Ya para la edición de *Los elementos de la noche* en la editorial ERA, en 1983, el nombre no era "alto y purísimo" sino "simple y perfecto":

3

En el último día del mundo dirás su nombre, simple y perfecto como

ese instante que la trajo a tu lado.

Y en ésta, la más reciente versión de la obra poética que nos ocupa, el poema se ha convertido en una sencilla sentencia:

3

En el último día del mundo dirás su nombre.

Como podemos observar, este poema más que ser corregido ha sido reescrito. La distancia que separa a la primera versión de la más reciente es casi tanta como la que producirían dos poetas distintos ante un mismo tema. Esta metamorfosis paulatina evidencia un diálogo y hasta una lucha entre el poeta joven y el poeta maduro. Hay dos formulaciones diferentes acerca de lo que resulta eficaz como expresión estética y aun dos concepciones de la poesía. El contraste entre la profusión y la concentración de elementos en las sucesivas versiones de este poema es casi el mismo que se observa entre los primeros y los últimos libros de *Tarde o temprano*.

En esta continua tarea de relectura y corrección parece haber un requerimiento estético y, más aún, uno ético. No se clausuran los poemas de José Emilio Pacheco en su primera versión: la fidelidad no es a un original, parece sugerirnos su autor, sino al rito no culminado de la lectura y la escritura (o de la relectura y la reescritura). Estos poemas no tienen forma definitiva porque son un producto del tiempo y en el tiempo. No se conciben, pues, como fin sino como proceso permanente. Con esta práctica Pacheco probablemente reafirma una convicción que manifestó casi desde los inicios de su carrera literaria: la condición ante todo testimonial de su ejercicio poético y la inexistencia, por lo tanto, de un proyecto o de un orden definitivo en su redacción.¹

Sin embargo, no podemos pasar por alto que el problema de la testimonialidad del poema es relativo en este caso. La poesía mexicana ofrece dos polos a este respecto: José Gorostiza y Jaime Sabines. El primero podría ser el paradigma del poeta riguroso que concibe la obra como forma pura por alcanzar, ausente de un devenir que no sea el del propio proceso de su creación; y el segundo el del poeta testimonial por excelencia, aquel que ve en la escritura sólo un registro del instante presente. Uno corrigió toda la vida un gran poema y el otro nunca hizo una sola corrección de sus poemas publicados. José Emilio Pacheco se hallaría a medio camino de ambos. Trabaja con la convicción de que sus poemas son un simple testimonio del presente pero con el rigor del artista que corrige toda la vida una obra.

En mi opinión, el afinamiento que han experimentado sus libros es benéfico. Aunque para ciertos lectores el hallazgo de alguno de sus versos favoritos en las nuevas versiones sea desconcertante, a quien los lea hoy por primera vez le aguarda el descubrimiento de un poeta más claro, sobrio y certero.

Ahora el segundo aspecto que entraña la originalidad de este libro: un ciclo poético al parecer completo. Para esto hay que tener en cuenta que en este autor los recursos narrativos y periodísticos, lo mismo que

el mito, la fábula y la alegoría, son estrategias literarias constantes, aun en su poesía. Sólo que en esta última se encuentran concentrados en células muy finas —por llamarlas así— y entretnejidos bajo diversas formas reconocibles de la tradición poética (sonetos, octavas, haikús, poemas en prosa, etcétera). No obstante, es insoslayable el ascendente narrativo de esta obra poética, sobre todo a partir del libro *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969).

El conjunto general o gran ciclo poético en doce capítulos que nos ofrece *Tarde o temprano* está relacionado con la evolución del concepto mismo de poesía a lo largo de toda una vida. Si Fernando Pessoa definió el sentido de sus heterónimos como un "drama en gente", podríamos decir que Pacheco nos presenta en la suma de sus libros un "drama en géneros". Así, la narrativa discute con el ensayo y la crónica se alía con la fábula, y todos hablan y convencen a la poesía. Así, lo que discurre a través de estas páginas es también un gran cuestionamiento e indagación sobre el poeta y su trabajo en la época contemporánea, así como sobre el pasado y el presente de este género. Pocas obras presentan tal amplitud, tal diapasión de abordajes del ejercicio poético. Desde el clasicismo y el elegante labrado formal de las elegías de *Los elementos de la noche* y *El reposo del fuego* hasta el teatralizante dibujo de alegorías de *Los trabajos del mar*, *Miro la tierra*, *Ciudad de la memoria*, *El silencio de la luna* y *La arena errante* o el íntimo repaso de *Siglo pasado*, pasando por el gran momento de examen y reformulación de sus instrumentos poéticos que se abre con *No me preguntes cómo pasa el tiempo* y se prolonga en *Irás y no volverás*, *Islas a la deriva*, *Desde entonces* y *Jardín de niños*, este complejo itinerario puede ser recorrido como un drama. Un drama cifrado en el que se debaten lealtades y traiciones, afinidades y distancias, entusiasmos y desengaños, en fin, los distintos momentos de un largo amor. En este caso el largo amor por la poesía. A decir verdad, un amor difícil.

El espectador que observa a través de estas líneas el mundo lee un conjunto de alegorías que ilustran una condición esencial, trágicamente circular, de la condición humana, la cual parece no tener salvación ni superación posible, acaso sólo queda plasmar el testimonio con un contundente trazo que la contenga. Cada poema de Pacheco intenta ese trazo. En él hay una voz puntual y sombría. Unidades de observación que reducen cada vez más sus elementos, las piezas de los últimos libros pueden leerse también como parábolas de una fina mente escrutadora. Pregunta en *Siglo pasado*, el libro que cierra *Tarde o temprano*:

¿Qué pensaría de mí si entrara en
este momento
y me encontrara en donde estoy,
como soy
aquel que fui a los veinte años?

Recapitulación y acaso despedida de una de las obras poéticas más altas de la literatura mexicana, estos últimos poemas conmueven por

su introspección sin artificio y la sosegada agudeza de su tono. Piezas breves, aforísticas, que parecen cantos rodados por el tiempo y la conciencia. Este último libro lleva además el significativo subtítulo de *(desenlace)*. Aquella voz, que ha recorrido todos los registros y ha entregado realizaciones memorables en cada uno, se ha aquietado como el agua e igual que ella es ya sencillamente clara. La Historia, como una indispensable turbulencia, parece dejada si no atrás por lo menos a un lado durante unos instantes para reunir un hilo de cuentas íntimas. Y desde una inesperada modestia le dice a esa aparición de veinte años que lo mira desde la puerta:

Fracasé. Fue mi culpa. Lo reconozco.
Pero en manera alguna perdón o
indulgencia:
Eso me pasa por intentar lo
imposible. -



José Emilio Pacheco / biografía



(Ciudad de México, 1939) es poeta, ensayista, traductor, novelista y cuentista. Pertenece a la generación de los años cincuenta, integrada también por Carlos Monsiváis, Eduardo Lizalde, Sergio Pitol, Juan Vicente Melo, Vicente Leñero, Juan García Ponce, Sergio Galindo y Salvador Elizondo.

Pacheco ha sido profesor en la UNAM, en la Universidad de Maryland (College Park), en la Universidad de Essex, y en algunas otras de Estados Unidos, Canadá, y Reino Unido y ha sido galardonado con premios como el José Donoso (2001), Octavio Paz (2003), el Pablo Neruda (2004), el Ramón López Velarde (2003), el Alfonso Reyes (2003), el José Asunción Silva (1996), Xavier Villaurrutia (1973), y el García Lorca (2005). Entre su obra poética destaca: *Los elementos de la noche* (1963); *El reposo del fuego* (1966); *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969); *Irás y no volverás* (1973); *Islas a la deriva* (1976); *Desde entonces* (1980); *Trabajos en el mar* (1983). Todos estos libros fueron reunidos bajo el título *Tarde o temprano*. Algunos de sus textos en prosa son: *El viento distante y otros relatos* (1963), *Morirás lejos* (1967), *El principio del placer* (1972) y *Batallas en el desierto* (1981).

Actualmente, José Emilio Pacheco es una figura central de literatura y es miembro de El Colegio Nacional.

Reconocimientos

- Premio Nacional de Lingüística y Literatura -- 1992
- Premio José Asunción Silva al mejor libro de poemas en español - publicado entre 1990 y 1995
- Premio Internacional Alfonso Reyes -- 2004

Actividad Profesional

Dirigió la Biblioteca del Estudiante Universitario. La cual es una colección de literatura mexicana, de la UNAM, que se remonta desde el pasado prehispánico al México literario contemporáneo. Es un especialista de la Literatura Mexicana del siglo XIX. Y la mayoría de sus principales estudios versan sobre éste rubro en particular. Así también es un profundo conocedor de la obra de Jorge Luis Borges, del cual dictó una serie de conferencias en su homenaje en 1999.

Es y ha sido profesor en varias universidades de los Estados Unidos, Canadá e Inglaterra. Forma parte del grupo de investigadores del Centro de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

Premios

Ha obtenido los siguientes premios literarios -es decir los principales reconocimientos a su labor como poeta y ensayista: Magda Donato, Nacional de Poesía, Nacional de Periodismo Literario, Xavier Villaurrutia, Malcolm Lowry (Ensayo literario), Nacional de Lingüística y Literatura, José Asunción Silva (Poesía) y el Primer Premio Iberoamericano de Letras José Donoso.

En 2004 recibe el Premio Internacional Alfonso Reyes.

Otras Actividades Literarias

Junto con otro ensayista renombrado, Carlos Monsiváis, ha realizado una labor no sólo editorial -que junto con Octavio Paz y otros crearon la antología: Omnibús de Poesía Mexicana- han realizado juntos labores literarias, periodísticas, históricas y políticas . Con el ensayo-discurso acerca de la literatura mexicana "A 150 años de la Academia de Letrán", ingresó el 10 de julio de 1986 a El Colegio Nacional

Obra poética

- *Los elementos de la noche* (1963)
- *El reposo del fuego* (1966)
- *La arena errante*
- *Siglo pasado*
- *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1970)
- *El silencio de la luna*
- *Islas a la deriva* (1976)
- *había una vez*
- *Alta traicion*
- *No me preguntes como pasa el tiempo*
- *Edades*
- *Las Batallas en el Desierto*

***Letty & Cheng**

- *La zarpa*

Obra narrativa

- *La sangre de Medusa y otros cuentos marginales* (1959)
- *El viento distante* (1963-1969)
- *Morirás lejos* (1967)
- *El principio del placer* (1972)
- *Las batallas en el desierto* (1981)
- *Tarde de agosto* (1992)

Tomado de Wikipedia



Muestrario de Poesía

1. **La eternidad y un día y otros poemas** / Roberto Sosa
2. **El verbo nos ampare y otros poemas** / Hugo Lindo
3. **Canto de guerra de las cosas y otros poemas** / Joaquín Pasos
4. **Habitante del milagro y otros poemas** / Eduardo Carranza
5. **Propiedad del recuerdo y otros poemas** / Franklin Mieses Burgos
6. **Poesía vertical (selección)** / Roberto Juarroz
7. **Para vivir mañana y otros poemas** / Washington Delgado.
8. **Haikus** / Matsuo Basho
9. **La última tarde en esta tierra y otros poemas** / Mahmud Darwish
10. **Elegía sin nombre y otros poemas** / Emilio Ballagas
11. **Carta del exiliado y otros poemas** / Ezra Pound
12. **Unidos por las manos y otros poemas** / Carlos Drummond de Andrade
13. **Oda a nadie y otros poemas** / Hans Magnus Enzensberger
14. **Entender el rugido del tigre** / Aimé Césaire
15. **Poesía árabe** / Antología de 16 poetas árabes contemporáneos
16. **Voy a nombrar las cosas y otros poemas** / Eliseo Diego
17. **Muero de sed ante la fuente y otros poemas** / Tom Raworth
18. **Estoy de pie en un sueño y otros poemas** / Ana Istarú
19. **Señal de identidad y otros poemas** / Norberto James Rawlings
20. **Puedo sentir la viniendo de lejos** / Derek Walcott
21. **Epístola a los poetas que vendrán** / Manuel Scorza
22. **Antología de Spoon River** / Edgar Lee Masters
23. **Beso para la Mujer de Lot y otros poemas** / Carlos Martínez Rivas
24. **Antología esencial** / Joseph Brodsky
25. **El hombre al margen y otros poemas** / Heberto Padilla
26. **Réquiem y otros poemas** / Ana Ajmátova
27. **La novia mecánica y otros poemas** / Jerome Rothenberg
28. **La lengua de las cosas y otros poemas** / José Emilio Pacheco



Colección

**Mostrario de
Poesía**

2009